



LA NOVIA Y EL PANTALON.

Comedia en un acto, original y en verso, por D. Adolfo Garcia, representada por primera vez con grande éxito en el teatro de Variedades, el dia 15 de noviembre de 1856.

Al apreciable actor D. Francisco Javier de Coria.

Tengo un placer en que tu nombre esté al frente de esta comedia; si tú abundas en los mismos deseos, admite esta prueba de cariño que te dedica tu mejor amigo=EL AUTOR.

PERSONAGES.

ACTORES.

BRIGIDA.....	Sras. L. Salvador.
ENRIQUETA	T. Rejano.
LUISA	P. Arvó.
ROBERTO.....	Sres. F. J. de Coria.
ALFREDO.....	J. Fernandez.
DON PANTALEON.....	C. Hernandez.

Un mozo de cordel.

La escena es en Madrid en la boardilla de Alfredo. Puerta á la derecha y otra en el fondo. La habitacion pobremente amueblada; en lugar conveniente un caballete de pintura con un cuadro sin concluir, y en una mesa inmediata, varias manzanas y otros objetos de bodegon que sirven de original para el cuadro.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, en calzones blancos y gaban.

Las once deben de ser
y no viene... Cuánto tarda!
Estas mugeres qué nunca
han de entender la importancia
de los negocios!.. Para ellas
no hay mas deber que adularlas...
Y la niña no es celosa!
Apuesto á que su tardanza
es porque cree que voy
á ver á alguna muchacha...
Oh! si es asi, cuando venga
ya verá lo que le pasa.
Mas si no puedo reñirla,
su presencia me desarma!..
Me mira con unos ojos,
con un candor, una gracia,
que cuando la riño, acabo
por arrojarme á sus plantas.

Ya se vé! La pobrecilla
está tan enamorada,
y se sacrifica tanto
en mi situacion precaria,
que seria ingratitud...
Mas ya es mucha su tardanza...
Vendrá de un instante á otro
Luisita, y no tiene gracia
decirla, no puedo ir
porque el pantalon me falta...
Reniego de mi destino
y del primer tarambana
que tuvo la infausta idea
de ser artista en España.
Aqui el talento es articulo
de puro lujo... Hola! llaman!..
Será ella... Voy á abrirle
al momento. Dios me valga! (viendo á Brigida.)

ESCENA II.

ALFREDO, BRIGIDA.

BRI. Adios!
ALF. Qué es eso, señora?
BRI. Ah! Qué horror!
ALF. Qué es lo que pasa?
BRI. Un hombre en paños menores!
ALF. Dispénseme usted, no hay nada
de indecente en mi persona...
BRI. Si, pero el recato manda
á las de mi sexo...
ALF. Ya!
BRI. Y como aun no estoy casada...
ALF. No hay que alterarse, me iré:
no quiero que por mi causa
sufran ninguna violencia
sus castísimas miradas.
Cuando venga...
BRI. Se vá usted?
ALF. Pues es claro.
BRI. Si... me estraña...
pero estese usted aqui...
Es tanta la confianza
que usted me inspira... Lo mismo
que un hermano.

ALF. Gracias, gracias:
 BRI. Conque, si usted me permite voy á dar una escobada...
 ALF. Me va usted á llenar de polvo ese cuadro...
 BRI. Se le tapa.
 ALF. Es que ahora tengo que hacer, y con premura me aguardan...
 BRI. La paletá y los pinceles? Es verdad, no me acordaba que aun tenemos que acabar...
 ALF. Tenemos? No se me alcanza...
 BRI. Es claro: usted es quien pinta y yo... pues... á quien retrata. No ha dicho usted una y mil veces que yo soy quien le da el alma á sus obras?
 ALF. Es verdad: usted, señora, me salva, sirviéndome de modelo; á usted deberé mi fama, y nuestros nombres unidos para in- eternum...
 BRI. (Oh grata sorpresa!)
 ALF. Repetirán las edades...
 BRI. (Se entusiasma!.. Con qué pasión me enamora!) Alfredo!.. Será una vaga ilusión?
 ALF. Nada, señora, no hay ilusiones que valgan; yo conozco mi talento, y aseguro...
 BRI. Basta, basta; que resistir ya no puedo á la emoción que me embarga... Lo que publican los ojos espresan mal las palabras, solo el pecho...
 ALF. Bien, así, ese entusiasmo me agrada; usted tiene de vehemente... (lo que de vieja y de rara.)
 BRI. Pero... Alfredo... Soy yo sola la que tanto bien alcanza?
 ALF. Nadie más...
 BRI. Es que yo soy escluvista en el alma, y si supiera que alguna tal dicha me disputaba, de seguro me moría.
 ALF. No... viva usted.
 BRI. Esa dama que viene tan á menudo... No me inspira confianza.
 ALF. Quién? Enriqueta?... Es... mi prima, una excelente muchacha... pero no hay cuidado, que ella no disputará esa palma... No tiene sueños de artista, es muy vulgar, muy prosáica...
 BRI. Comprendo, comprendo: ustedes todo espíritu...
 ALF. (Ya escampa!)
 BRI. Oh! El mío es elevado... Nos comprenderemos...
 ALF. Vaya!

Con permiso de usted voy á ponerme la corbata...
 BRI. Adios.
 ALF. Si viene mi prima, que pase al punto... (Caramba! La otra vendrá también...)
 Ah! Si viene la tapada...
 BRI. Quién?
 ALF. La del retrato.
 BRI. Ya!
 ALF. Digale no estoy en casa... (Pero... diablo! y si me vé?) No... que se espere... (Me falta el pantalón!..) No tampoco...
 BRI. Pues qué?..
 ALF. No diga usted nada.

ESCENA III.

BRIGIDA.

Qué aturdimiento, Dios mío! Ha perdido la razón? Pero no, que pruebas son de su amante desvario: Si el amor así le inflama por qué le tuvo callado? Ser tímido y reservado condicion es de quien ama. Alfredo mío! Temias mi desden, y no pensabas ay!.. que la muerte me dabas cada vez que sonreías! El lo ha dicho y es bastante: nuestros nombres se unirán, y la fama alcanzarán... Qué discreto y qué galante! Ya acabaron sus reservas, y no extraño que me elija por su esposa; no soy hija, como dicen, de las yerbas; cierto que no estoy en flor, pero harán buena hermandad la prudencia de la edad y el ímpetu del amor. Qué dicha!.. Qué desvario! Cuando en un amante esceso me llame dulce embeleso, mi niña, pimpollo mío! Ay!.. Quién habrá que resista á los encantos de Alfredo? Quiero luchar, y no puedo; es mi alma tan de artista!

ESCENA IV.

BRIGIDA y ROBERTO con una maleta debajo del brazo.

ROB. Ah de casa! (entrando por el fondo con ademán resuelto.)
 BRI. (Que buen mozo!)
 ROB. Pasa recado al instante á don Alfredo.
 BRI. Eh? Qué dice?
 ROB. No has entendido? Que pases recado... y á ver en donde coloco yo este equipaje.
 BRI. Pues me gusta la llaneza.
 ROB. Habré cambiado de calle? No vive aquí un don Alfredo, pintor de historia y paisaje?

BRI. Si señor.
ROB. Un joven alto,
 de veinte y seis navidades...
 con vigote...
BRI. Si señor,
 el mismo.
ROB. Pues voto al Draque!
 Anda y pásale recado,
 si no quieres que te estampe
 la maleta en la cabeza.
BRI. Pues me gustan los modales!
 Se ha figurado usted?..
ROB. Ea!
 A charlar con los anafes.
BRI. Escuche usted, señor mio.
 Se crió entre calafates?
 O se reporta, ó le planto
 de patitas en la calle.
ROB. Hola, hola!
BRI. Porque tengo
 omnímodas facultades.
ROB. Cómo?
BRI. Tengo por ventura
 de Maritornes semblante?
 Soy señora, y muy señora.
ROB. Sí?
BRI. Y como se propase,
 no faltará en esta casa
 quien por mi la cara saque.
 Hase visto el atrevido!
 Insolente!
ROB. (Dios la ampare!)
 Usted será su patrona?
BRI. Como su patrona?
ROB. Calle!
 No? Su ama de gobierno?
BRI. Tampoco. (Qué botarate!)
 Su prometida.
ROB. Ja, ja!
 Usted quiere chancearse...
BRI. No tal, no tal; es mi novio.
ROB. Jesus y qué disparate!
BRI. (Uf!) Disparate! Y por qué?
ROB. Bah! De su peso se cae...
 Porque él es joven y guapo,
 y usted vieja, y fea, y...
BRI. Dale
 con los insultos.
ROB. Señora,
 es muy franco mi caracter,
 y lo que digo, lo siento;
 pero á bien que he de salvarle,
 que aun es tiempo.
BRI. Uf! Me sofoco...
ROB. Mire usted que es un tunante,
 y al verla á usted sin un diente,
 de esas canas venerables,
 de esas profundas arrugas,
 de ese marchito semblante
 se habrá querido burlar.
BRI. El que aqui quiere burlarse
 es usted.
ROB. Yo? Y á qué santo
 decir erre cuando es ache?
 El pan pan y el vino vino,
 es muy franco mi carácter.
BRI. Muchas mugeres quisieran
 poder conmigo igualarse.
ROB. Lo dudo.

BRI. Pues sepa usted
 que esta cara y este talle
 inspiran mas de un amor.
ROB. Eso es ilusion: no es fácil...
BRI. Váyase muy noramala.
ROB. Reflexione usted...
BRI. Aparte!
ROB. No se enfade usted, señora:
 son cosas de mi carácter.
BRI. Me hará perder la paciencia.
ROB. Pero...
BRI. Ya he dicho que calle.
ROB. Oh humana naturaleza,
 siempre niña, siempre frágil!

ESCENA V.

ROBERTO.

Y será como lo dice
 la buena vieja... ese traste
 es capaz de cualquier cosa,
 tiene tan raros arranques!..
 Pienso que sino está loco
 se halla muy cerca... Diantre!
 A pesar de la amistad,
 ya veo que no es bastante
 el interés de un amigo
 para hacer callar el hambre...
 No es extraño; en Albacete
 tomé á las seis chocolate...
 No bastan á mi alimento
 sonetos y madrigales...
 es preciso algo mas sólido...
 (llamando.) Alfredo!.. Ni el bello Angel
 que poetiza mi existencia...
 Oh! Nada, nada hay que baste...
 Alfredillo!.. De ilusiones
 dicen que viven los vates,
 mas mi estómago se obstina
 en no creerlo... No sale...
 Alfredo!

ESCENA VI.

ROBERTO y ALFREDO.

ALF. Quién?.. Voto á bríos!
 No es Roberto? Si, ese porte...
 Ya estás de vuelta en la corte!
 Oh! Dame un abrazo.
ROB. Y dos.
ALF. Chico, estás grueso...
ROB. Asi, asi...
 Ya ves, el aire natal...
ALF. Cuánto me alegro!
ROB. Y qué tal
 lo has pasado por aqui?
ALF. Roberto, todo se auna
 á pintar color de rosa
 mi porvenir.
ROB. No veo cosa...
ALF. Tengo á los pies la fortuna!
ROB. Hombre, si? Pues no la veo...
 ó estoy ciego, ó por mi nombre...
ALF. Es una figura, hombre.
ROB. Vamos á ver: y qué empleo
 le has dado? Tendrás carruages,
 lacayos, trenes costosos,
 palacios ricos, lujosos,
 magníficos equipages...

- ALF. Roberto! Estás loco?
 ROB. Pues! (sin oírle.)
 ALF. Ojalá!
 ROB. Cosa es sencilla... (lo mismo.)
 ALF. Mi casa es esta boardilla,
 y mi equipage el que ves.
 Mas me distraigo... Recibo...
 tengo biblioteca aqui...
 sala de armas... y así
 artísticamente vivo.
 Poseo de Cadalso un tomo...
 completa la Casa blanca,
 otra novelilla manca
 y dos floretes sin pomo.
- ROB. Ya es bastante!
 ALF. Qué si es?
 Cuando leer se me autoja,
 me detengo en cada hoja
 con reflexiones un mes;
 luego á un florete me ajusto
 y ya fondo ó cuchillada,
 lo trueco en sable ó espada
 conforme cuadra á mi gusto;
 y en ilusiones vagando,
 y objetos reproduciendo,
 logro estar siempre leyendo
 y á todas armas jugando.
- ROB. Pues entonces, pecador,
 esa fortuna estremada...
 ALF. Y qué, no te dice nada
 mi porvenir seductor,
 mi talento?..
- ROB. Si, ya infiero,
 mas soy de lo cierto esclavo,
 y no doy un solo ochavo
 por un millon venidero.
 Si fueras tú como yo,
 ya era la cosa segura.
- ALF. Has labrado tu ventura
 en Valencia?
 ROB. No que no!
 Allí tienes mi maleta:
 examínala, y verás
 cual de los dos vale mas,
 tu pintor y yo poeta.
- ALF. Está llena de doblones?
 Mucho pesa!
 ROB. Oh! Mi talento...
 ALF. (Yo me daré por contento
 si encuentro unos pantalones.)
 (abre la maleta, busca dentro y separa la mano violentamente exhalando una queja.)
 Ay! Qué traes aqui metido?
 ROB. La corona que he ganado,
 Sin haber tú trabajado
 sus espinas te han herido!
- ALF. Y qué ajada!
 ROB. Ajada, si.
 ALF. Cosas de provincia...
 ROB. No;
 que de escritores sé yo
 que las conservan así.
 Lauros de la juventud
 que antes de tocar las frentes,
 los marchitan inclementes
 la envidia ó la ingratitud
- ALF. Es verdad. Sigo buscando
 y á un lado los oroepes.
 Un legajo de papeles!
- ROB. Ah pícaro! Ya vas dando
 con mi tesoro!
 ALF. Otro mas!
 Otro y otro!
 ROB. Y un millon!
 ALF. Estos papeluchos son
 letras de cambio quizás?
 ROB. Alma mezquina, alma ética,
 alma sin nobleza alguna;
 que no alcanza la fortuna
 si no la vé en aritmética!
 En el oro brillador
 tan solo ves la valia...
 Pues qué, no se premia hoy día
 la gloria de un escritor?
 Ves este legajo?
- ALF. Si.
 ROB. Pues verás como te clavás;
 son mil quinientas octavas
 á una dama que perdí.
 Y entre epístolas, sonetos,
 dramas... tragedias... un plan...
 de seguro formarán
 cinco millones completos
 de versos, que á cuatro reales,
 y echo la cuenta por poco...
 suman, si no me equivoco;
 veinte millones cabales.
- ALF. Pues, chico, plagiarte quiero:
 de la verdad me hago esclavo,
 y no doy un solo ochavo
 por un millon venidero.
 Ya veo que está vacia
 de sustancia la maleta...
 Dime, chico: el que es poeta
 se viste con la poesia?
- ROB. Eh! por Dios, no desatines...
 ALF. Qué? Tienes ropa?
 ROB. Bastante.
 ALF. A ver?
 ROB. Un chaleco... un guante...
 tres pares de calcetines...
 ALF. Luego estamos, según creo,
 iguales?
 ROB. De ningun modo,
 porque tengo sobre todo...
 ALF. El qué?
 ROB. Un hambre que no veo.
 ALF. Bien, yo te daré alimento,
 aunque en verdad nó sobrado...
 ROB. Ese es el dichoso estado
 que exige el entendimiento;
 pero luego habrá lugar,
 que quiero reñirte ahora.
 De quien, alma pecadora,
 te has venido á enamorar?
- ALF. Qué dices?
 ROB. Hazte de nueva!
 Unirte con un vestigio,
 cuando sobran en el siglo
 hijas hermosas de Eva!
- ALF. Bah! chico, será ilusion...
 Si Enriqueta es tan bonita...
 ROB. Si, cual la vieja maldita
 que apedreó á San Anton.
- ALF. Roberto! (incómodo.)
 ROB. No me desdigo.
 ALF. Tú estás loco...
 ROB. No lo estoy,

y he de impedir, por quien soy,
la desgracia de un amigo.

ALF. Veinte y dos años...

ROB. Lo menos
sesenta.

ALF. Cutis...

ROB. Monstruoso.

ALF. Con un semblante...

ROB. Horroroso,
como una noche de truenos.

ALF. Repito que es un error:
si hay mugeres hechiceras,
es una...

ROB. La amas de veras?
Oh! Cuán ciego es el amor!

ALF. De veras la adoro, si,
que fuera yo mal nacido,
si no adorase rendido
á quien padece por mí.
Ella, con mi amor ufana,
la ira del padre atropella
por mi...

ROB. Tiene padre? Ella?
Oh longevidad humana!

ALF. Un capitán retirado
de genio adusto, y tan fuerte,
que es capaz de darle muerte...

ROB. Pues dime, no está postrado?

ALF. Cómo postrado? Tan ágil
cual un muchacho; ya! ya!

ROB. Hombre! y luego se dirá
que la humanidad es frágil.

ALF. Y tú estás enamorado?

ROB. De un ángel.

ALF. Ola!
ROB. Si, á fé;

pero ya te contaré,
porque ahora estoy tan cansado...

ALF. Si, si, vete á descansar.

ROB. El camino...

ALF. Me hago cargo.
(Bravo! El pantalon le embargo,
conforme se eche á roncar.)

ROB. Dónde está la cama?

ALF. Allí.

ROB. Voy á acostarme. Por Dios,
que me llames á las dos.

ALF. Descuida, descuida en mi.

ROB. No seas atolondrado...
luego pesarte pudiera...

ALF. Anda, que el lecho te espera,
y debes estar cansado.

ROB. Por Dios, no se pase el día,
que importa mi salvacion...

ALF. Anda... (De tu pantalon (empujándole.)
es de quien pende la mia.)

ESCENA VII.

ALFREDO.

Gracias á Dios que se fué...
Enriqueta mucho tarda,
y pronto esa señorita
vendrá á buscarme... Y qué traza
hallaré, para que sea
fácil el acompañarla?
Está visto; me decido:
Roberto queda en la cama,
roncando como un lirón...

El viene á tener mi talla,
de manera, que su ropa
me ha de estar como pintada.
Este es el único arbitrio,
será corta mi tardanza,
y sino lo es... qué diablo!
salga el sol por donde salga.

(entra por la puerta de la derecha, y á poco vuelve po-
niéndose la ropa de Roberto; y tiñe las costuras con un
pincel á medida que se la va poniendo.)

Pues señor, bien, ya estoy listo:
aunque tiene algunas manchas
el pantalon, dá el petardo.

Ay! Qué vida tan amarga
y tan llena de disgustos
es la del pobre! Qué malas
están las artes! Qué poco
se premia el genio, y cual andan
los discipulos de Apeles!..

(llaman á la puerta del fondo.)

Pero... tate! Creo que llaman...
Será Enriqueta, que ahora
trae el pantalon... Aguarda,
que voy á echarte una homilia
decente...

ESCENA VIII.

ALFREDO y LUISA que entra con el velo echado; Alfredo
la coge del brazo y la dá un fuerte empuellon; ella se alza
el velo y él queda confundido.

ALF. Entra, buena maula.
Ahora traes los panta?... Diantre!

LUI. Caballero! Qué palabras
son esas?

ALF. Usted perdone...
crei...

LUI. Qué creyó usted?

ALF. Nada...
Pensé que... la... el... (Por poco
tira el diablo de la manta
y se descubre el pastel.)

LUI. No sabe usted, con las damas,
usar mejores modales?

ALF. Le ruego á usted, que mi falta
disimule, si es que en algo
pude ofenderla... Esperaba
á una... no, no... era á uno...
á mi sastre... á su oficiala,
que tenia que traerme
un... el... pues... y como llama
usted poco mas ó menos
lo mismo que ella, pensaba...
Pero en fin, ya pasó todo,
y si está usted agraviada,
yo le...

LUI. Agraviada no estoy,
mas me sorprende la estraña
manera con que recibe
usted á las oficialas
de su sastre.

ALF. Es que las trato
con bastante confianza...
las conozco de chiquitas...
y luego, como yo...

LUI. Basta!
Si fué una equivocacion,
ya estoy satisfecha.

ALF. Gracias

le doy por tanta bondad.
LUI. Eso no merece...
ALF. Y... vaya:
 Le ha parecido á usted bien
 el retrato? Está acabada
 la moldura?
LUI. A eso venia
 en busca de usted: dudaba
 si le estaria mejor
 un óvalo, al que adornáran
 con follage, ó...
ALF. Por supuesto,
 un óvalo; asi resalta
 mas la figura, y se acorta
 el fondo...
LUI. En cuanto á la caja
 en que se ha de poner...
ALF. Cómo?
LUI. Qué está usted diciendo?
LUI. Vaya!
 Si voy á mandarlo fuera!
ALF. Ah! ya! al novio...
LUI. No: á... una hermana
 que tengo en Valencia...
ALF. Entiendo.
LUI. Conque, la hora se pasa...
 Vamos?
ALF. Vamos, señorita. *(ofreciéndole el brazo.)*
ROB. Alfredo! *(dentro.)*
LUI. Esa voz!
ALF. *(Caramba!..)*
 Si me vé sus pantalones,
 y sale, y...
ROB. Qué veo!
*(envuelto en una colcha, se asoma á la puerta, y al ver
 á Luisa esclama.)*
ALF. *(Audacia!*
(cerrando con violencia la puerta.)
 Que se tire de los pelos;
 solo asi mi honor se salva.
LUI. Ah! Quién está ahí?
ALF. Em... mi hermano.
ROB. Perjura, traidora, ingrata! *(dando golpes.)*
 Abrid!
ALF. Vamos.
LUI. Y esos gritos?
ALF. Es que tiene trastornada
 la cabeza.
LUI. Pero...
ROB. Abrid.
ALF. Vamos, que la hora se pasa.
LUI. Sabe usted de cierto que ese
 es su hermano?
ALF. No faltaba
 sino que yo no supiera...
LUI. Es que creo... *(Qué bobada!*
Bien dice, él está en Valencia...)
 No puede ser.)
ROB. Tigre hircana!
ALF. Qué diga á usted? Está loco.
LUI. Sí, sí: vamos.
ALF. *(A Dios gracias.)*

ESCENA IX.

**ROBERTO fuerza la puerta, y sale como frenético, envuelto
 en una colcha y en calzoncillos.**

Al fin la puerta cedió.
 En dónde está esa traidora?

Veremos si puede ahora
 negarme que me engaño.
 Corramos! En la escalera
 quizá se encuentre! Tampoco!
*(coge el sombrero con precipitacion y se lo pone; al mar-
 charse, nota que no está vestido y vuelve á la escena.)*
 En la calle... Pero, loco!
 Dónde voy de esta manera?
 Dice que demente estoy,
 y si me atrevo á salir,
 lo volverá á repetir,
 y creerán que lo soy...
 Triste posicion la mia!
 Querer tras ellos correr,
 estar sano, y no poder,
 porque el mundo se reiria!
 Me roba las ilusiones
 una muger á quien amo,
 y un hombre, que amigo llamo,
 me roba los pantalones...
 Y para mayor sufrir
 dispone mi mala estrella,
 que sin ellos, y sin ella,
 ni pueda andar ni vivir...
 Si pudiera... mas no hay modo
 de seguirlos... Ah, perjura!
*(se sienta en una silla inmediata á la mesa, y coge dis-
 traído una manzana.)*
 En ti virtud y ternura,
 es mentira todo, todo!
(muerde la manzana y prorumpe en tono trágico.)
 Ay! Quién diria
 que la que tanto amor asi juraba,
 juramentos y amor olvidaria. *(llaman á la puerta.)*

ESCENA X.

ROBERTO; poco despues, ENRIQUETA con un pantalon.
ROB. Ola! *(llaman á la puerta.)*
ENR. Abre. *(dentro.)*
ROB. Jurára que es voz
 de muger...
ENR. Abreme, Alfredo.
ROB. Es ella... no hay duda, no!
*(corre á la puerta, la abre con violencia, y cogiendo á
 Enriqueta de un brazo, la lleva bruscamente hasta el
 proscenio.)*
 Entra, infame.
ENR. Si lo traigo.
ROB. El qué traes?
ENR. El pantalon.
ROB. Ah! No es ella!
ENR. Ah! No es él!
ROB. Está bueno el quid pro quo!
 A quién busca usted?
ENR. Y usted?
ROB. Cuando le pregunto yo,
 no es para que me pregunte.
ENR. Ni yo doy contestacion
 cuando no se me contesta.
ROB. Pues vamos, no estoy de humor...
 Acabemos.
ENR. Acabemos.
 Quién es usted?
ROB. Un leon! *(paseándose.)*
ENR. Qué hace usted aqui?
ROB. Rabiarse.
ENR. Está usted chistoso...
ROB. Oh!

Lo que estoy es fermentando...
y ay como salte el tapon!
segun dice don Calisto.

ENR. Vaya, haga usted el favor
de no usar conmigo chanzas.

ROB. Cómo chanzas? Voto á brios!
Para chanzas está el niño!

ENR. Jesus, qué sofocacion!
Vamos, usted habla acorde?
Está don Alfredo?

ROB. No.

ENR. Ha salido?

ROB. Pues me gusta!
Cuando no está es que salió.

ENR. Volverá pronto?

ROB. Lo ignoro.

ENR. Dónde fué?

ROB. Por San Anton...
usted viene á sofocarme?

ENR. La sofocada soy yo.
Dónde ha ido?

ROB. A los infiernos.

ENR. Y entonces, á quién le doy
estos pantalones?

ROB. Cómo! (volviéndose repentinamente.)

Qué es lo que veo, gran Dios!
(cogiendo el pantalón por un extremo, en tanto que En-
riqueta lo sujeta por el otro.)

Usted es mi providencia...
una hada... un... se acabó
ya mi pesar.

ENR. Caballero!

ROB. Venga acá ese pantalón.

ENR. Pero...

ROB. Venga.

ENR. Es que...

ROB. Al instante.

Venga, él es mi salvador.

ENR. Tiene dueño.

ROB. No me importa:

pues su dueño me robó
el mio, justo es que sufra
la pena del Talion.

ENR. Eso es mentira.

ROB. Ojalá!

ENR. El no es ladrón.

ROB. Cómo no!

Es ladrón de pantalones...
y de otra cosa peor.

ENR. De qué?

ROB. De damas.

ENR. No es cierto;
calumnia, suposicion.

ROB. Es que hablo por experiencia.

ENR. Esplíquese usted mejor.

El qué le ha robado Alfredo?

ROB. Me ha robado el corazón...
y además, los pantalones,
con que á ver...

ENR. Es un error.

Usted sin duda está loco!

ROB. Es verdad, demente estoy;
pero es de celos...

ENR. Por qué?

ROB. Porque me ha robado el sol
que iluminaba mi mente,
que la daba inspiracion,
porque á ella...

ENR. Quién es ella?

ROB. El objeto de mi amor,
á quien él ama, y con quien
de aqui ahora poco salió.

ENR. Es posible? Ah infame!
(suelta el pantalón y lo coge Roberto.)

ROB. Ah pérfida!

ENR. No hay que dudar, todos son
lo mismo.

ROB. Todas iguales,
perjuras en el amor.
No hay muger buena.

ENR. No hay hombre
que tenga pizca de honor.
Soy una fiera...

ROB. Y yo un tigre.

ENR. Arrostro la furia atroz
de un padre, como es el mio,
para que luego un traidor
me plante...

ROB. Pues! Y yo gasto
hasta el último doblon
en viajar, del objeto
de mis amores en pos,
para encontrar este pago...

ENR. Vele usted, hasta que el sol
ya despunta, sin descanso,
cosiéndole el pantalón
á un hombre, que no agradece
ni el sacrificio mayor!

ROB. Si, si... componga usted odas,
dele usted reputacion
á un hombre, porque ha pintado
tres rábanos y una col,
en un lienzo de dos varas,
para que luego el bribon
en pago le sople á usted
la dama.

ENR. Y cuando yo estoy
por él perdida...

ROB. Perdido
nadie lo está, mas que yo.

ENR. Por él mi padre me riñe.

ROB. Por ella, de consencion
espira mi triste bolsa.

ENR. (con furor, y sacando unas tigeras del delantal pa-
ra romper los pantalones que ya se estará poniendo Ro-
berto.)

Pues lo que es con mi sudor
y mi trabajo, ese infame
no se ha de vestir.

ROB. (con un pernil del pantalón metido, y luchando con
Enriqueta para estorbar que desgarre el otro.)

Por Dios!
Qué vá usted á hacer, señora?

ENR. Desgarrar al pantalón.

ROB. Y con qué salgo yo entonces?

ENR. No me importa.

ROB. No, á usted no,
pero á mi si.

PANTALEON. Ah de casa! (dentro llamando.)

ROB. Llaman!

ENR. Cielos! Esa voz! (soltando los pantalones y
con asombro; Roberto abre la puerta, acabándose de po-
ner los pantalones.)

PAN. (entrando.) Gracias á Dios que os encuentro.

ENR. Mi padre, perdida estoy! (se oculta en la habita-
cion de la derecha.)

ESCENA XI.

ROBERTO, DON PANTALEÓN.

PAN. (*cruzándose de brazos delante de Roberto.*)
 Qué me dice usted ahora?
 ROB. (*poniéndose los tirantes con mucha calma.*)
 Y á mi, qué me dice usted?
 PAN. Que solo esto en mis años,
 me faltaba ya que ver.
 ROB. Pues hombre, ha visto usted poco
 si no le ha visto poner
 nunca á un hombre los calzones.
 PAN. Con esa desfachatez
 me dice usted eso?
 ROB. Calle!
 Pues cuál habia de ser
 la manera de decírselo?
 PAN.Cuál? Yo se la enseñaré
 con un buen sable en la mano.
 ROB. Con un sable? Y para qué?
 PAN. Para rompernos el alma.
 ROB. Ha bebido usted jerez
 ó valdepeñas, amigo?
 PAN. Lo que yo voy á beber
 es su sangre.
 ROB. Está usted loco?
 PAN. Cómo loco? Sabe usted
 con quien habla?
 ROB. Ni me importa.
 PAN. Conque no le importa, eh?
 Sabe usted cómo me llamo?
 ROB. No, ni lo quiero saber.
 PAN. Pues oiga y tiemble... Yo soy
 Pantaleón Peñasfiel.
 ROB. Muy señor mío y amigo.
 PAN. Y... ahora bien.
 ROB. Y... ahora bien.
 Le puedo servir en algo? (*poniéndose el sombrero y
 en actitud de marcharse.*)
 PAN. Cómo!
 ROB. Es que tengo que hacer,
 y voy á salir.
 PAN. Salir! (*interponiéndose.*)
 Pues qué, quizás usted cree
 que se va á marchar riendo?
 ROB. Si usted se empeña, saldré
 con toda formalidad.
 PAN. Aquí quieto, ó por Luzbel...
 ROB. Pues hombre, esto está chistoso!
 Ahora que puedo correr,
 ahora que tengo calzones,
 aun me resta que vencer
 otro obstáculo!..
 PAN. Usted sabe?..
 ROB. Qué?
 PAN. Que aquí, donde me vé,
 hice desde su principio
 la campaña del francés?
 ROB. Bueno: y qué?
 PAN. Sabe que á poco
 con Riego me levanté
 en Cabezas de San Juan?
 ROB. Y á mi qué me dice usted?
 PAN. Que he hecho la guerra civil,
 que tengo en el pecho tres
 condecoraciones?..
 ROB. Bueno:
 hágaselo usted saber

al ministro de la guerra,
 si pretende que le den...

PAN. Si, pretendo; y me despacha
 usted pronto, ó no saldré
 de aquí en la vida.
 ROB. Pues hombre,
 por quién me toma?
 PAN. Por quién?
 Por un farsante.
 ROB. Cuidado...
 No soy ministro!
 PAN. Si es.
 ROB. Ministro!
 PAN. De mi deshonra.
 ROB. Vaya, pues si hago papel
 de ministro, qué me pide?
 PAN. La vida.
 ROB. Pues pedir es.
 No há lugar. (*en actitud de marcharse.*)
 PAN. Cómo!
 ROB. Me marchó.
 PAN. Que se marcha? Cómo! Qué?..
 Qué ha dicho usted de marcharse?
 ROB. Que me voy. (*Por San Ginés...*)
 Me falta ya la paciencia...
 PAN. De aquí no sale, á no ser,
 ó muerto ó casado.
 ROB. Cáspita!
 Muerto ó casado? Y con quién?
 PAN. Con mi hija.
 ROB. Con su hija!
 Usted me vá á hacer perder
 los estribos, señor mío. (*cogiendo una silla.*)
 PAN. No tal, lo que yo le haré
 es romperle la cabeza. (*amenazándole con una es-
 pada de las que trae.*)

ESCENA XII.

Dichos, ENRIQUETA.

ENR. Cielos, qué vá á suceder?
 Padre!
 PAN. De aquí no se pasa.
 ROB. Digo que sí, ó por Luzbel...
 PAN. Se lo repito, no sale.
 ROB. Se lo repito, saldré.
 PAN. Lo veremos.
 ROB. Lo veremos.
 (*don Pantaleón le tira algunos golpes que él para con
 la silla.*)
 ENR. Padre, padre, que no es él...
 Ah! Por piedad, caballero.
 PAN. Bribón!

ESCENA XIII.

Dichos, y BRIGIDA.

BRI. Señores! Qué es
 lo que pasa?
 PAN. Un desafío,
 y á muerte.
 BRI. Dios de Israel!
 Socorro!
 ROB. Silencio!
 ENR. Padre!
 BRI. Pero qué va usted á hacer?
 PAN. A matar á don Alfredo.

BRI. A Alfredo!.. Qué dice usted?
 Ah! El me ama... yo le amo...
 á verle no volveré...
 (*cae desmayada en los brazos de don Pantaleon.*)
 PAN. Que la tiro!
 ENR. Qué he escuchado!
 ROB. Esta es la mía.
 PAN. Deten! (*á Roberto.*)
 ENR. Caballero!
 ROB. Eh?
 BRI. Dónde estoy?
 Y ese sicario se fué?
 Vive mi Alfredo?
 ENR. Y es esta
 quién me lo roba?
 PAN. Otra vez
 cáigase usted en la cama.
 Cuidado con la muger!
 (*Roberto va á marcharse, y don Pantaleon le detiene.*)
 PAN. Quieto aqui, no hay que marcharse.
 Hasta que yo pueda ver
 claro este asunto, no sale
 nadie de aqui.

ESCENA XIV.

Dichos, ALFREDO, LUISA: Un mozo de cordel con un cajon.

ALF. Qué babel
 es esta?
 LUI. Ay de mi! Roberto!
 ROB. Oh! No hay duda, es ella.
 (*se une con Luisa y hablan bajo.*)
 ENR. y BRI. Es él!
 (*ambas van hácia Alfredo.*)
 BRI. Don Alfredo!
 PAN. Quién se llama
 don Alfredo aqui?
 ALF. Que quién?
 Un servidor. (Mas qué veo!
 Don Pantaleon!)
 ENR. Infiel!
 BRI. Perjuro! (*á Alfredo.*)
 LUI. Pero qué dices?
 PAN. Caballero, sepa usted
 que vá á morir.
 ALF. Yo?
 PAN. Usted novio
 no es de mi Enriqueta?
 ALF. Y bien?
 PAN. Es preciso...
 BRI. No es verdad,
 que él me ha jurado su fé...
 ALF. Esta muger está loca.
 LUI. Si no me quieres creer,
 no sé ya como decirlo.
 ROB. Pero á qué viniste, á qué?
 ALF. Si usted lo desea... bien,
 me casaré.
 ENR. Es que no quiero.
 BRI. Ni yo consentir podré,
 que á otra se una, y no á mi.
 ALF. Pero, Enriqueta, cuál es
 la razon?
 PAN. Que usted la engaña.
 ALF. Que yo la engaño? Y en qué?
 PAN. Eh que tiene tres amantes.
 LUI. Lo he dicho, á mandar hacer

un retrato.
 ROB. Eso es mentira.
 ALF. Antes cargue Lucifer
 conmigo. Nada, señora,
 sola Enriqueta es mi bien.
 BRI. Perjuro, falso, traidor...
 Cuándo tu labio de miel
 me ha dicho que á unirnos vamos!
 ALF. Lo que yo la he dicho es,
 que en el templo de la gloria
 nos ceñirán el laurel
 juntos... porque ella me sirve
 de modelo de... vegez.
 BRI. Ay! Ay! Qué angustia!.. Yo muero!
 (*cae otra vez en brazos de don Pantaleon.*)
 PAN. Adios! Ya tiene otra vez
 la pataleta! Señora!
 ALF. No hay por ahí un alfiler?
 Verá usted que pronto vuelve.
 BRI. Ay!
 ALF. No lo dige?
 BRI. Qué sed!
 Aun está aqui el fermentido!
 Traidor, inicuo, cruel...
 Qué te he hecho, di?..
 ALF. Señora!
 Que estoy dado á Lucifer...
 Y ya me trastorna el juicio
 su ridícula chochez.
 BRI. Tambien me insultas!
 ALF. Señora!
 BRI. No tiene la culpa él,
 sino yo que me he metido
 con gentes de este jaez. (*vase.*)
 PAN. Despacio, que la escalera
 no es fácil de descender...
 ENR. Y la otra?
 ALF. Que ella diga,
 si cuando la acompañé,
 no fué á comprarle á un retrato
 la moldura.
 LUI. No lo crees?
 Mira el letrero «Valencia:
 A don Roberto Vinués:
 frágil.»
 ROB.. Con que era ese cuadro
 para enviarlo... á...
 LUI. Si, á fé.
 PAN. Pero al fin, en qué quedamos?
 ALF. En que yo me casaré
 con su hija, si usted quiere.
 PAN. Pues no tengo de querer,
 si vengo á eso?
 ROB. Luisa,
 perdona si me cegué.
 Señorita... (*á Enriqueta.*)
 ENR. Perdonado.
 ALF. Roberto, me caso.
 ROB. Bien:
 y te doy la enhorabuena,
 que es un ángel tu muger.
 Tambien yo me caso, chico.
 Luisa... (*presentándola á Alfredo.*)
 ALF. Beso los pies.
 PAN. De ambas bodas, el padrino
 desde ahora me ofrezco á ser.
 ROB. Admitido. Y pues la calma
 ya ha vuelto, te leeré
 la oda...

ALF. Eh! Calla, por Dios.

Déjalo para despues.

ROB. Un epitalamio!

PAN. Si...

ROB. Bien, yo le improvisaré.

Ese encanto seductor
que en ambas brillando está,
las delicias formará
de un poeta y de un pintor;
pero no basta el amor
para una dicha estremada,
necesitamos...

ALF. Qué?

ROB. Nada.

El pícaro consonante...

decia... que no es bastante...

que es precisa...

ENR. (adelantándose.) Una palmada!

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Examinada
por el señor Censor de turno, y de conformidad con su
dictámen, puede representarse.—Madrid 23 de setiem-
bre de 1856.—Escobar.

Madrid: 1856.—Lalama, Duque de Alba, 13.